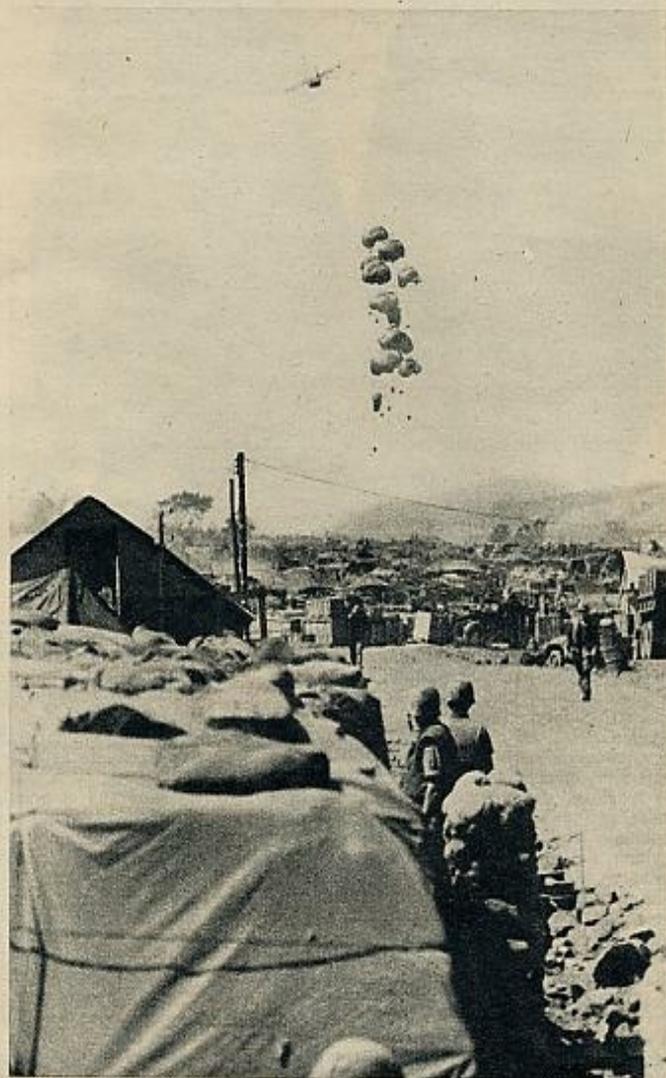


UNA NUEVA VERSION DE DIEN BIEN FU

UNA cierta fracción política de los Estados Unidos ha perdido la guerra del Vietnam. Una cierta fracción política de los Estados Unidos ha sufrido ya su Dien Bien Fu. En el momento en que escribo se está desarrollando una batalla simétrica a la de Dien Bien Fu: la batalla de Khe Sahn, donde cinco o seis mil soldados escogidos —«marines»— están encerrados en una depresión del terreno, rodeados desde las alturas por las tropas vietnamitas, que bombardean implacablemente y atacan con tanques y con aviones de fabricación soviética; ya han tomado una posición clave, la altura de Lang Vei, que se consideraba inexpugnable. El desenlace de esta batalla es aún dudoso. Es una partida entre el general Westmoreland, alumno brillante de West Point, y el general Giap, maestro de la guerrilla. Es una partida fascinante, es un espectáculo grandioso, si uno consigue aislarse y separarse de los horrores de la guerra, no sentirse concernido por ellos. La palabra espectáculo corresponde muy exactamente a la situación: esta batalla es un espectáculo transmitido diariamente por la televisión de los Estados Unidos y éste es un factor muy importante en su desarrollo. El espectador americano está concernido directamente por lo que ocurre y por lo que ve; su participación cuenta, su peso es importante. Westmoreland es un gigante de apariencia juvenil a los cincuenta y cuatro años, que ha sido —en 1956— el más joven mayor-general del Ejército de los Estados Unidos, con una llamativa lista de combates en su hoja de servicios —Africa del Norte, Sicilia, Normandía, el Elbe, Corea— y responde en apariencia al tipo físico y la mentalidad escueta y directa del militar profesional. Durante algún tiempo, el partido republicano pensó repetir con él la excelente experiencia que realizó con Eisenhower: presentar un general de prestigio y con cierta fama de intelectual como candidato a la Presidencia. Si hubiese tenido una victoria militar importante en el Vietnam, lo habría conseguido. Esta idea se ha abandonado hace ya mucho tiempo. Westmoreland lucha ahora en Khe Sahn simplemente para salvar su prestigio, gravemente comprometido. En los primeros días de la ofensiva, la Casa Blanca tuvo que salir al paso de los rumores que anunciaban su destitución. Un corresponsal en Washington dice que la gente ya no se refiere a él con el nombre amistoso de «Westy» —como Montgomery fue «Monty» en la segunda guerra mundial—; sin perjuicio de que vuelva a serlo si gana —o si salva la situación— en Khe Sahn. Giap es lo más opuesto. Es un hombre diminuto, envejecido para sus cincuenta y seis años, con esa vejez prematura de los asiáticos; su pelo blanco ha hecho que le llamen «un volcán cubierto de nieve». Pasea por los campos de batalla con un semiuniforme sin insignias, siguiendo la tradición de la guerrilla. Es uno de esos estrategas geniales que surgen espontáneamente en las revoluciones. Su origen revolucionario es emocional: su esposa, aún una muchacha, murió en una cárcel francesa hace veinticinco años y Giap transformó sus sentimientos puramente nacionalistas vietnamitas en una adhesión al partido comunista y sus preocupaciones fundamentalmente literarias se volvieron hacia la historia y la guerra. En su libro «Guerra del pueblo, ejército del pueblo» —que en Asia es un libro clásico, y en Occidente se estudia en las escuelas de estado mayor— explica muy sencillamente sus principios: «Expansión de la guerra de guerrillas, combinada con la movilización política de las masas, puede derrotar a los imperialistas y sus marionetas, que están obsesionados con la intención mecánica de una guerra en la que lo importante son las armas». Los tres estadios de la guerra son, para él, éstos: la defensiva, la contención y la contraofensiva. Puede creerse que en esta guerra de ahora, los hombres de Giap se encuentran en el tercer estadio. Giap es ministro de Defensa de Vietnam del Norte y el combate más importante en su hoja de servicios es el de Dien Bien Fu en 1954.

En este enfrentamiento de dos hombres, de dos conceptos de la guerra y puede decirse que del mundo y la vida, se centra el interés académico de la batalla de Khe Sahn, cuyos prolegómenos han sido muy parecidos a los de la batalla de Dien Bien Fu. Los recursos de los americanos en Vietnam son muy distintos de los que tenían los franceses hace catorce años; también lo son los de Giap. Por lo tanto, la comparación externa es, por el momento, inútil. Hay que tomar el sentido de Dien Bien Fu, para aplicarlo a la situación actual, de una manera muy distinta: de una manera simbólica y moral. La inmovilización, destrucción y aprisionamiento de los diez mil soldados

franceses del general Navarre fue un revés militar, un desastre militar, que técnicamente no hubiese debido llevar implícito el hecho de perder la guerra. Francia tenía hombres y armas suficientes en Indochina como para continuar combatiendo. Los militares franceses tenían entonces una parte de razón cuando sostenían que no se les podía culpar de la derrota, y que estaban en condiciones de combatir. Pero una lección de nuestro tiempo es que las guerras no se ganan o se pierden solamente en el campo de batalla. Hay un tejido complejo de política internacional, situaciones económicas, problemas morales y psicológicos, conciencia colectiva, sensación de inutilidad, reflexiones sobre el combate que juegan tanto como las armas. En una nación puramente



La base de Khe Sanh se encuentra sitiada por las tropas del Frente Nacional de Liberación. Los suministros se hacen a base de aviones, como se ve en la foto.



por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**

Una cierta fracción política de los Estados Unidos ha sufrido ya su Dien Bien Fu. Este Dien Bien Fu ha consistido en la serie de desastres sufridos por sus ejércitos en los primeros días de la ofensiva vietnamita. En la fotografía, el verdadero Dien Bien Fu, la colina de 1954 que advirtió a los franceses que había que abandonar Indochina.

reflexiva como lo es Francia, la derrota de Dien Bien Fu ponía de manifiesto que la guerra cara y podrida de Indochina no tenía solución militar posible, que estaba destruyendo las estructuras de la metrópoli, aislando a Francia del mundo y ocasionando una división interior. Dien Bien Fu fue la señal de que había que abandonar. Las circunstancias iban a repetirse inmediatamente después en Argelia: esta vez se creyó que la proximidad del campo de combate y la presencia de una fuerte colonia francesa, combativa y dura, podría ofrecer perfiles distintos. El daño en la metrópoli fue aún mayor y estuvo a punto de crear una guerra civil.

Por eso es posible comparar el Dien Bien Fu francés a una actual situación sin dejarse llevar por el obsesivo paralelismo que ofrece la batalla de Khe Sanh. Dien Bien Fu ha ocurrido ya, por segunda vez: ha sido la serie de desastres sufridos por los Estados Unidos en los primeros días de la ofensiva vietnamita. Una serie de dogmas establecidos por la fracción americana que está conduciendo la guerra han volado por los aires. Una serie de mitos se han desmoronado. Pueden no haber fallado los militares norteamericanos que realizan la guerra por orden de Washington y con instrucciones de Washington; pero ha fallado Washington.

Ha fallado la idea motriz de la guerra: que en el Vietnam del Sur hay un gobierno sólido que defiende una nación frente a una invasión extranjera y que Estados Unidos le defienden en virtud de sus pactos. Es indudable que los asaltos a las ciudades han sido hechos por guerrilleros de Vietnam del Sur, y que éstos han gozado de la ayuda real de las poblaciones, sin la cual no hubiese sido posible la infiltración y el sostenimiento. Ha fallado la idea de Saigón como ciudadela, de Huế como capital-fortín. Ha fallado la noción de defensa de un país: la muerte y la destrucción baja incesantemente de los «Splitfires» sobre ciudades en las que aún ondea la bandera survietnamita. Robert Kennedy ha denunciado, en sus declaraciones del jueves pasado, el hundimiento de estos mitos: «Una ilusión americana se ha venido abajo», ha dicho y, con palabras de terrible dureza, ha acusado a los hombres del gobierno de Vietnam del Sur de «robar» —ha sido su palabra, «stolen», estar robando— el dinero que se gastan los Estados Unidos, que paga el contribuyente americano. Esta demostración, para muchos, es redundante, puesto que se sabía desde hace años. Pero hay otros fracasos, otros fallos, que pueden impresionar más a quienes ven la guerra desde otro posible punto de vista moral, o a quienes los aspectos morales del conflicto no les impresionan demasiado: además de fallar la idea motriz de la guerra, falla la forma de llevar la guerra en sí. Falla el uso del poder. Los bombardeos devastadores de Vietnam del Norte, continuados día tras día, desde hace tres años, ante la repulsa del mundo entero —el último en repudiarlos, si bien tímida y moderadamente, el aliado Wilson en la misma Casa Blanca, en el banquete que le ofrecía Johnson el día 8 de febrero—, pero sostenidos por la idea estratégica de que hacían imposible la ayuda a las guerrillas. Tres años después, las guerrillas están más fuertes que nunca, y son capaces de desarrollar una ofensiva victoriosa. Ha fallado, consiguientemente, la táctica y la estrategia de la «escalada», que se ha revelado como un simple sistema de compromiso entre la fuerza absoluta y el apaciguamiento, pero que ha costado muy cara a los Estados Unidos, en dinero y en sangre. Ha fallado

el sistema de información militar: nadie está a salvo de una sorpresa, pero la poderosa organización americana, que abarca desde los más crueles interrogatorios a los más modernos sistemas de inspección —barcos espía, aviones espía, cámaras de rayos infrarrojos—, no ha podido predecir no ya una sorpresa, sino una multiplicidad de sorpresas en catorce ciudades distintas, que han requerido la preparación y el trabajo clandestino de miles y miles de personas. Ha fallado la capacidad militar de reacción: durante días y días, la confusión ha sido tal que no se ha podido parar el ataque enemigo. Ha fallado hasta el carácter de inexpugnabilidad de la Embajada de los Estados Unidos en Saigón, que se consideraba como un fortín y que fue tomado fácilmente por los guerrilleros y reconquistado siete horas después por los paracaidistas americanos. Ha fallado hasta la credibilidad de los políticos, que anunciaban repetidamente que el enemigo estaba exhausto y derrotado, que la victoria estaba próxima. Aun en el segundo día de la ofensiva, Johnson decía que el Vietcong había fracasado. ¿Quién va a crear ahora la astronómica cifra de bajas que anuncia Washington como infligida al enemigo? Si todas las bajas del Vietcong fueran reales como se nos ha ido anunciando —ha dicho Kennedy en su discurso de Chicago—, ¿quién nos está combatiendo ahora?

Todos estos mitos hundidos, pulverizados por la ofensiva —sea cual sea el resultado final—, constituyen un Dien Bien Fu. Es decir, una frustración, un fallo de unos valores que se habían erigido como capitales en el mundo americano. Amenazan con llevarse en su riada valores que parecían más fundamentales y que proceden, sin duda, de errores: la supremacía de la técnica sobre la política, del arma sobre el hombre, del cerebro electrónico como determinante. La primacía de la política sobre la técnica y sobre el poder absoluto ha ganado, de una manera desgarradora, esta batalla.

Pero, ¿qué utilidad tiene la lección? ¿Están los Estados Unidos de tal forma anclados e inmovilizados en una forma técnica, en un «estilo» —que es el representado por Johnson— que ya no pueden volverse atrás? ¿Se ha perdido la ductilidad, se ha perdido para siempre el juego de la política en beneficio del juego de la violencia? Hay que esperar y desear que no sea así, aunque los últimos síntomas son malos. Johnson ha perdido ya los límites del dramático presupuesto de guerra que había presentado ante el Congreso; solicita ahora cien mil millones de dólares más para hacer frente a la situación en el Vietnam y una amenaza que ve venir en Corea. Ha dado orden —son rumores no confirmados mientras escribo— de que se levanten las últimas restricciones que tenían los aviadores norteamericanos en los bombardeos de Vietnam del Norte —esto es, el relativo respeto a la ciudad de Hanoi y al puerto de Haiphong—; se le atribuye la decisión de hacer una «movilización individual» de reservistas —es decir, llamar nominalmente a los calificados como especialistas militares, a los técnicos, a los ingenieros de comunicaciones—, lo cual puede provocar grave daño en la industria del país. Es decir, hasta ahora la lección no ha sido aprendida. Es, quizá, demasiado pronto. Johnson cuenta con un factor psicológico: el de la unidad de la nación en momentos de amargura. No cuenta, quizá, con otro: el de la indignación de las naciones ante quienes les han llevado a esos momentos de amargura.